

DOI: <https://doi.org/10.22201/ffyl.01860526p.1990.4.986>

**Federico PATÁN, *Puertas antiguas*. México, Alianza Editorial Mexicana, 1989.**

Un pequeño libro de presentación simpática: *Puertas antiguas*, dice con letras blancas centradas en la parte superior de la cubierta; debajo y en rojo: Federico Patán y, aún más pequeño, Alianza Editorial Mexicana. Todo esto escrito sobre un cielo azul, parte del fondo, que presenta un paisaje de mar y playa, con el tronco de una palmera en el centro que se antoja como el vano de una puerta entreabierto, dada la colección de llaves dispersadas en la primera plana.

Los ocho capítulos en 127 páginas parecen invitar a una lectura no demasiado ardua. Pero, ¿sabré encontrar todas las llaves para abrir las puertas que anuncia el título? Sé que su autor es exigente, a tal grado que formula: “Yo quiero un lector que hiciera la lectura cien por ciento equivalente a la escritura”.\* ¿El crítico literario como alumno examinado? Si no atina todas las insinuaciones del autor, ¿quedará reprobado? Curiosa inversión de los papeles tantas veces atestiguados en la historia literaria, donde el autor teme la sentencia del crítico literario capaz de arruinar su existencia. Tan es así que algunos autores (pensemos en los comentarios de un Hesse, de un Böll, por ejemplo) dejan de leer reseñas por temor al veneno que

\* Entrevista con F. Patán, 13 de Agosto de 1988, por publicarse en la revista *Iberoamérica*, Frankfurt.

podrían despararramar. No me convencen los extremos. Me propondré ser una lectora medio empática, medio empecinada, quien se fabricará su propio texto en la cabeza, conforme reciba las instrucciones de las páginas del libro impreso.

Cuatro son los epígrafes que revelan menos de lo que esconden. Las citas de Salvador Elizondo, Joseph Conrad, Apolonio de Rodas, José Carlos Becerra, los lares de la novela, dejan entrever la relación de las puertas con el mar, la fuerza del azar, del encuentro de dos seres humanos que, pese a su amor y felicidad, son perseguidos por sus temores... El lema de Becerra augura un desenlace gris: "La lluvia cierra puertas antiguas".

La novela empieza con un nombre de mujer tres veces repetido con creciente insistencia: Isolda, Isol-da, I-sol-da. El narrador aclara enseguida que se trata de un sueño: rocas, el farallón, "una figura indescifrable", ¿sería la evocación de *La mujer del teniente francés*? Se afirma en la siguiente página: "A la luz de la lámpara mis ojos tropiezan con la novela de Fowles, ayer terminada" (p. 11). Sin embargo, la protagonista de Fowles se llama Sarah, no "Isolda que es Iseo que es Iscult que es Isolt que es Isolde que es Isoulde que no es nada sino un juego para ganarme el pan con el sudor de mi cerebro" (p. 10).

Ya me doy cuenta de que la lectura será un rompecabezas. Sería gozoso trazar pacientemente el camino de la lectura descubridora, pero acabaría con el logrado proceso de condensación de la novela. Trataré, pues, de ensamblar primero las piezas para reconocer en la ingeniosa urdimbre de la narración el simple hilo de los sucesos canónicos. Después de esta lectura simplificadora habrá que restituir las dimensiones más complejas.

El narrador, de nombre Tomás (p. 72) Amado (p. 13), de treinta años y soltero, cuenta cómo se levanta una mañana en su condominio con el objeto de viajar a Zihuatanejo, a pasar unas vacaciones a orillas del mar y aprovechar la soledad de la playa para terminar su tesis de doctorado. Entreteje en el relato de los sucesos del día recuerdos de la infancia, de amoríos de adolescente y observaciones sobre el vecindario. Los apuntes sobre el "vecino de arriba", a quien conoceremos como Marcos en el capítulo 4, son demasiado notorios como para no sospechar que será a su esposa, Isabel, a quien encontrará Tomás en Zihuatanejo. (Entretanto mis ojos cayeron en el texto de la contraportada que me priva del placer de ir descubriendo la trama. ¿Es lícito un tal anzuelo para pescar a los compradores de un libro para las vacaciones?). En fin, Tomás e Isabel se conocen, en el sentido bíblico del término, llegan "a esa pérdida absoluta de límites, única

verdaderamente aceptable en el amor” (p. 118) y ... se pierden. O mejor dicho, Tomás pierde a Isabel, que se aleja cual Eurídice mientras él contempla hechizado a una rubia desnuda saliendo del mar.

Se impone el término de “urdimbre” al analizar la novela de Patán, porque su característica sobresaliente es la obstinada recurrencia de *leitmotifs* y temas conductores, que afloran en un constante movimiento a lo largo de la obra y que acaban por darle un sentido complejo.

La rubia escultural, por ejemplo, tiene su antecedente en la “gringa ya madurona, de bikini escandalosamente pequeño”, a ojos de los padres preocupados por la inocencia de su hijo de diez años, la que en la visión del niño era “el hada que vendría del mar a concederle dones” (p. 24).

El tema del padre, pintado como macho tradicional, y el de la madre sufrida (“De ser menos tranquila, hubiera tenido mejor esposo, aunque fuera el mismo hombre”, p. 50) y comprensiva (“sabía comprender ciertas sutilezas que a otros escapaban”, p. 28), impregnan al texto de amargura y dulzura a la vez. Asimismo, el recuerdo de “la broma” se repite con obstinación en los monólogos del narrador y en sus diálogos con Isabel. Sopesando la recurrencia de este tema me parece que la lectura inducida por el texto de la contraportada tal vez no sea la de mayor peso. El engaño que produjo “la broma” tramada, diez años atrás, por unos compañeros de estudio y “una actrícita de buena apariencia” (p. 48), que fingió reconocer a su viejo amigo despistado, la vuelta de tuerca que dio Tomás al llevarla sin rodeos a su cama y el desenlace sorprendente (Blanca quedará como esposa de Braulio, su amigo fiel y leal, que nunca salió del engaño) constituyen un hilo rojo en el relato que no tiene menos importancia que la trama principal.

Tomás Amado se presenta al lector, a lo largo de la obra, como un joven bastante preocupado por la pérdida de su juventud, contrariado por “la leve comba del ayer liso estómago y la creciente huida del cabello” (p. 35), empeñado en su aseo, buen cocinero y bebedor de “café como debe ser” (p. 15), exigente en sus gustos sensuales, con aspiraciones a sibarita y un marcado sentido del humor. Algunos apuntes plasman experiencias vividas, como por ejemplo: “Sin duda los condominios tienen sus ventajas, pero la intimidad no es una de ellas” (p. 14). Otros pudieran parecer tal vez un poco inverosímiles o inusitados para los ojos de un soltero, como su agudezas sobre las “amitas de casa” (pp. 21, 43, 53, 58). Las observaciones sobre el

turismo de corte norteamericano siempre están impregnadas de un humor un tanto desdeñoso (p. 62 ss.).

El narrador destaca ciertos detalles cómicos, dolorosos o tiernos valiéndose de formas retóricas elaboradas, como por ejemplo el oxímoron de la “prisa por llegar a la lentitud” que enlaza con el párrafo anterior: “amar con lentitud es lo imprescindible” (p. 17) y con la doble repetición de: “en la lentitud está la magia de todo” (p. 93). La magia es palabra clave, anunciada por la madre, buscada y encontrada con Isabel y perdida, pues Tomás es “un despistado”, “un descuidado”, rasgo que se realiza en casi toda ocasión, porque es la causa de sus problemas menores y mayores.

No se sabe bien a bien cuál es la profesión del protagonista; no es profesor de literatura, pero obviamente sus actividades tienen que ver con libros y lecturas. Las citas esparcidas en la narración provienen de distintas fuentes, sobresalen las relacionadas con Tristán, Tristram, Trystan de la aventura medieval. Pudiera ser el tema de la tesis de doctorado. ¿Sería tan grande la inquietud por terminarla, que así se explicara el grito de la pesadilla al principio de la novela? Recordemos que empieza con el nombre de Isolda que en la segunda página aparece en todas sus variantes medievales y la observación arriba mencionada de que es un mero juego para ganar el pan con el sudor del cerebro. Pero el motivo de la mujer en la roca ante el mar es retomado periódicamente para hacer referencia a Isabel en Zihuata-nejo. Isabel e Isolda: ha de ser más que casual la similitud de los nombres. Además, el marido de Isabel se llama Marcos, con lo que queda perfecto el triángulo de Tristán, Isolda y el rey Marco. Si continuamos la analogía más allá de la novela, la mención del “lai del Chievrefueil” (p. 46) de Marie de France presagia un futuro sin esperanza a Tomás Amado-Tristán quien, como la madre selva, no puede vivir sin el avellano al que está atado.

Por otra parte, la relación con Blanca pudiera interpretarse como otro eco de la historia de Tristán. Gracias a la broma Braulio llega a conocer a su futura esposa, sin barruntar siquiera los antecedentes, razón por la cual a Tomás-Tristán le remuerde la conciencia: “el recuerdo de Braulio me vino al pecho, y tuve otra punzada de arrepentimiento” (p. 61). Puede decirse que Tomás hizo las veces del emisario casamentero para Braulio, como Tristán para el rey Marco. Con todo, como recuerda Tomás: “Lo nuestro jamás alcanzó dimensiones de amor”, era tan sólo “una fascinación oscura por el amor físico” (p. 46). El encanto que Blanca ejerce sobre Tomás se deshace en cuanto ella le pregunta si se van a casar “porque estas cosas nos

salen tan bien” (p. 46). Tomás pierde a Isabel literalmente de vista, no sabe conservar tamaño amor. Sobre el fondo de la suprema historia de amor de la literatura occidental, resalta aún más crudamente la pregunta de Tomás quien no es Tristán: “¿Por qué habremos perdido la capacidad de la pasión?” (p. 35).

Los contemporáneos se arreglan en la vida cotidiana, Blanca con su “miedo de animalito que defiende la seguridad futura” (p. 72); Braulio con su tranquilidad confiada: “Espero que todo haya quedado olvidado” (p. 72), sin sospechar siquiera lo que habría que olvidar; Isabel vacilando, si regresa con Marcos quien le estuvo implorando su regreso en los anuncios clasificados de un periódico, y Tomás con la resignada intención de volver a buscar la magia en los libros para “llenar vacíos y suavizar resquemores” (p. 126). El café no fue la poción que transportara a los amantes allende las fronteras, las reglas y normas de la sociedad. Todo se queda *terre à terre*. Triunfa, si esto puede llamarse triunfo, la cotidianidad.

A primera vista, la obra pudiera aparecer un tanto ligera. Tomás es un joven no demasiado contagiado por sus lecturas eruditas, y sus diálogos con Isabel nunca se elevan a niveles sublimes de ideas e imágenes, pensamiento y lenguaje. Sin embargo, el análisis más cuidadoso revela que la novela tiene varios planos. Por un lado permite una lectura sin esfuerzo que deja contento al lector en reposo. Para el lector inquieto quedan por descubrir, en la descripción de la cotidianidad, muchísimos detalles, motivos, alusiones, pensamientos que invitan al lector a adentrarse cada vez más en la obra. Mientras más observe la urdimbre, más detalles, más sutilezas reconocerá. Y es precisamente esto lo gratificante en la lectura. Por otra parte, el autor parece enviar mensajes no sólo por lo que dice, sino por lo que omite, lo que empieza a sonar como eco de otros textos. Aparte de los temas mencionados de Tristán e Isolda, de Eurídice, de la mujer en las rocas frente al mar, que le añade a Isabel las dimensiones de la Sarah de Fowles, se puede apreciar, por ejemplo, el proceso de reconocimiento de Isabel por parte de Tomás, tópico que se inscribe en la gran tradición del teatro griego clásico, y otros más, que agregan al texto una plusvalía simbólica en la medida en que los descifre el lector. Entonces resulta obvio que la aparente pobreza del primer plano, o sea la presentación primaria de los hechos por parte del narrador, ha de ser parsimonia e ingenioso cuidado del autor quien señala las puertas antiguas para que el lector las abra y complete la configuración del sentido. Los temas de la superficie, el encuentro con Isabel, “la broma”, los recuerdos infan-

tiles, se entretajan con los ecos literarios y adquieren así su valor simbólico profundo. Sobra decir que esto sí es arte narrativo.

Marlene RALL  
Universidad Nacional Autónoma de México